

Actualidad Española

WEYLER

por Rafael Suárez Solís

HA muerto nonagenario don Valeriano Weyler, marqués de Tenerife, príncipe de la milicia española. Por un momento, casi apagada en la distancia, la noticia encenderá una llama de rencor en el alma cubana. Era el último superviviente de un resentimiento nacional. De ahí que esta sección debiera hoy titularse, más que Actualidad Española, Entre Paréntesis. Es imprescindible referirse a lo que él, en un libro, llamó "Mi mando en Cuba", y apenas algo a su mando en España, ya que allí, contra sus deseos, nunca llegó a mandar, al menos en la medida política de sus aspiraciones.

Porque Weyler fué ese único general español con categoría de Capitán General de Cuba que no llegó a influir en la política española. Mandó, en tal sentido, menos que Blanco, Polavieja, Martínez Campos y los demás gobernadores que desde el tiempo de Serrano ocuparon el mando de esta Isla como un tránsito para la gobernación de España. Le faltaban para ello arrestos, condiciones políticas, simpatía popular, don de mando, en suma. ¿Sin don de mando el hombre más autoritario, más duramente enérgico que haya padecido la colonia?

Así fué. La campaña del duque del Rubí en Cuba no puede exhibir como totalmente suya, como consecuencia de su imaginación, la calidad de cruenta con que se ha caracterizado. Este dicho no pretende negarle a Weyler la triste paternidad. Fué suya, pero condicionada al lamentable estado de ánimo de los últimos gobiernos españoles que tuvieron intervención en Cuba. Eran los años postreros, los más desesperados, de aquella idea de la agonía imperial que se caracterizó en el lema absurdo y antipatriótico de "el último hombre y la última peseta". Obligado a gastar estos dos signos últimos del caudal colonial de España: una peseta y un soldado enfermos,

al talento militar de Weyler, seco y frío, sólo se le ocurrió la reconcentración, la represión máxima, el terror desde el mando. A la vista de la situación de Cuba, perdida irremisiblemente para España, no hizo sino perderla totalmente, ya que se le obligaba a pagar el abandono al precio de la última peseta y el último soldado españoles. Hizo mal, sangrientamente mal, lo que Cervera y Vara de Rey hicieron bien, heroicamente bien.

Fué un mal político. Tan malo, tan corto de visión, que a pesar de su categoría militar, su historia guerrera, su lealtad a la causa borbónica, no consiguió sobresalir en la medida que otros generales pudieron, aun con menores cualidades, deseos y padrinos.

En España, Weyler, el feroz Weyler de Cuba, no pasó de ser un juguete del Partido Liberal, siempre zalamero con él para engañarlo, nunca propicio para dejarle intervenir en los intereses políticos del partido. Y como hombre popular sólo logró la divertida atención de las revistas festivas y las secciones periodísticas de caricatura. A costa suya, de su carácter e indumentaria, se plagaron de malos chistes las zarzuelas. Y sí, de traspies en traspies, fué a dar en la candorosa conspiración de la Noche de San Juan, fracaso revolucionario del tiempo de la Dictadura que lo llevó ante el Consejo de Guerra y Marina, en 1927, junto al teniente general Aguilera, otro alto militar con ansia de dominio y falta de facultades, que aspiró, nada menos, que a ejercer la dictadura en España, en lugar de Primo de Rivera. Los otros encartados en el proceso, por el simple hecho de tener algún talento político: Romanones, Melquiades Alvarez, Marañón... fueron eliminados del proceso. Weyler, inhábil, hubo de arrastrar sus 89 años hasta el banquillo para una absolución desconsiderada al manifiesto que quiso ser rebelde.

Después de Cuba, a Weyler no se le han encomendado grandes cargos. Ser ministro, capitán general con mando, inspector general del Ejército, ponente del plan de campaña africana cuando la época peligrosa de las responsabilidades no es ser nada si no implican las actividades en el cargo actitudes inapelables dada su importancia política. Esos car-

gos hay que ejercerlos mandando, más que obedeciendo. Su nombre era ese que suena cuando se busca con urgencia y de cualquier modo una solución de circunstancias. Momentos de crisis en los que hay que pensar en una continuación del partido en el gobierno o presidir un gobierno de concentración. Así fué el marqués de Tenerife varias veces "posible" presidente del Consejo de ministros.

Para Cuba y para España su muerte, aunque por distintos y contrapuestos sentimientos, no pasa de ser, a estas alturas, un suceso de curiosa actualidad.

Dum Oct 21/30

IPD

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA TABANA